

México y los mexiconorteamericanos

AARON SEGAL

Un examen de la cada vez más abundante literatura sobre los mexiconorteamericanos, que comprende principalmente *Sal si puedes: Cesar Chavez and the New American Revolution*, de Peter Matthiessen, *La Raza: The Mexican-Americans*, de Stan Steiner, *The Spanish-Americans of New Mexico: A Heritage of Pride*, de Nancie L. González, y *Tijerina and the Courthouse Ride*, de Peter Navokob¹, conduce inevitablemente a la conclusión de que el futuro de la comunidad mexiconorteamericana se halla estrechamente vinculado a drásticos cambios en sus relaciones con México. Gran parte de la animada discusión entre los mexiconorteamericanos se ha centrado sobre sus nexos con Estados Unidos. A medida que el mexiconorteamericano contempla la sociedad norteamericana desde una nueva perspectiva y con mayor profundidad, es esencial que comprenda también los

cambios sociales operados en México. Los problemas son, en parte, de índole cultural y espiritual, pero predominantemente demográficos, económicos y sociales, porque los mexiconorteamericanos no podrán comprender su propio destino en Estados Unidos, hasta que hayan captado las realidades cambiantes de sus relaciones con México. En forma análoga, la futura eficacia de la política mexicana hacia los mexiconorteamericanos será, cada vez en mayor medida, una función de su capacidad para corregir las erróneas interpretaciones en que quizá está ahora basada.

Es necesario que ambas partes reconozcan, desde un principio, que, tanto para los mexicanos como para los mexiconorteamericanos, la herencia del pasado ha estado asociada con el distanciamiento y la vergüenza. La mayoría de los mexiconorteamericanos llegaron a Estados Unidos procedentes de las entidades septentrionales de México, en busca de mejores oportunidades y escapando de la pobreza y de la miseria. Para ellos, México son las zonas rurales empobrecidas de Durango, Sinaloa o Baja California, y no las prósperas zonas urbanas de Guada-

¹ Editados, respectivamente, por Random House, Nueva York, 1969, 372 pp; Harper & Row, Publishers, Nueva York, 1970, 418 pp; University of New Mexico Press, Albuquerque, 1969, y University of New Mexico Press, Albuquerque, 1969, 285 pp. Véase la excelente nota que sobre este último libro escribió Steven V. Roberts, en *Comercio Exterior*, vol. XX, núm. 2, febrero de 1970, p. 158.

lajara o la ciudad de México. La imagen que de México se tiene en los estados norteamericanos limítrofes no es otra que la de los "alegres" ciudades fronterizas; tal imagen debe desaparecer mediante la acción concertada de los mexiconorteamericanos que desean progresar en su nuevo país y de los propios mexicanos. Parece que el gobierno mexicano ha considerado a los emigrantes y a sus descendientes como "desarraigados", como un asunto que, por embarazoso, es mejor pasar por alto. El gobierno de México limita sus contactos con estas comunidades a las presentaciones formales de dignatarios en fechas conmemorativas y al apoyo consular brindado a personalidades mexiconorteamericanas conservadoras y defensoras del *statu quo*. Se han atendido las relaciones diplomáticas, económicas y políticas con Estados Unidos, pero se ha descuidado el acercamiento con los ex mexicanos que "abandonaron" su patria.

Cuando se han dado, las relaciones entre México y los mexiconorteamericanos se han concentrado en áreas tales como la inmigración, o la lucha contra el tráfico de estupefacientes y el vicio en las ciudades fronterizas. El manejo de estas cuestiones ha constituido un magnífico alimento para toda una caterva de supuestos abogados y notarios, en ambos lados de la frontera. En cambio, ha habido pocos contactos importantes entre el gobierno mexicano y los dirigentes de los mexiconorteamericanos. Ambas partes han acordado tácitamente mantener una actitud amigable, pero distante, respecto de los problemas existentes en la frontera.

El avance registrado por las comunicaciones y el transporte está introduciendo cambios profundos en este cuadro: mientras que más de 30 millones de norteamericanos cruzan la frontera con México cada año, casi dos millones de turistas se adentran en el país para visitar algún lugar alejado de la línea divisoria. La televisión vía satélite, las redes de carreteras y moteles, los vuelos de tarifa económica, y el auge del turismo significan que para los estadounidenses y mexiconorteamericanos, México ya no se circunscribe a Tijuana, Mexicali y Ciudad Juárez.

México es un país que se desarrolla rápidamente y cuenta con una población que, según se prevé, ascenderá a 60 millones en 1980; ha innovado la arquitectura y el diseño; es exportador de excedentes agrícolas y de artículos que contienen un grado de elaboración cada vez mayor. Es una comunidad dinámica que afronta enormes problemas sociales; pero que confía en su propia capacidad para superarlos. Tales cambios se ven reflejados, incluso, en las imágenes físicas y económicas de la frontera donde el vicio, si bien todavía florece, coexiste con nuevas empresas industriales y comerciales que abastecen distintas demandas. Hay, incluso, una invasión moderada de mexiconorteamericanos que adquieren casa habitación en Baja California y en otras partes para irse a vivir allí con sus modestas pensiones de retiro.

El cambio de mayor impacto en el futuro de la comunidad mexiconorteamericana será el demográfico. Históricamente, se ha observado una sostenida corriente de emigrantes que ha alimentado los centros urbanos y que ha reforzado las ligas filiales de los mexiconorteamericanos. Actualmente, México está más capacitado para ofrecer empleo remunerado a sus habitantes, especialmente a los calificados y educados. Por una mezcla de orgullo mal entendido y exceso de confianza, el problema de los braceros repercutió gravemente en ciertos poblados que dependían, en gran medida, de las remesas de aquéllos. México participa actualmente en la cuota total anual de 120 000 inmigrantes que Estados Unidos recibe de América Latina; y es posible que haya una declinación lenta, pero constante, de la tasa de emigración.

Dichos cambios demográficos afectarán profundamente la estructura social de la comunidad mexiconorteamericana. Paradójicamente, los inmigrantes han aportado los vínculos culturales más fuertes con México, al par que representan la mayor resistencia a la organización política en Estados Unidos. A medida que la comunidad mexiconorteamericana se convierte cada vez más en un grupo en que predomina la segunda o tercera generación nacida en Estados Unidos, habrán de someterse a prueba cuestiones tales como su asimilación, el futuro de sus tradiciones, y su capacidad para mantenerse como entidad diferenciada. En ausencia de una fuente constante de nuevos inmigrantes, el esfuerzo deliberado y consciente para lograr la preservación de la comunidad será el único método disponible para reemplazar la espontaneidad del pasado.

El segundo cambio importante se refiere al descubrimiento que los mexiconorteamericanos han hecho de su propia identidad peculiar, o sea la mística del pluralismo cultural. Cuando los chicanos repudian ciertos aspectos de la sociedad estadounidense, en su empeño de lograr una identidad alternativa, ¿qué pueden encontrar en México? ¿Tiene más qué ofrecer el México de las industrias, del metro, del Museo Nacional de Antropología y de las calles congestionadas, que su vecino del norte? ¿Cómo reaccionarán los jóvenes chicanos cuando se percaten de que gran número de mexicanos, también jóvenes, desean la opulencia y su concomitante fealdad que es la imagen que ellas se han formado de Estados Unidos? Si "la raza" ha de funcionar como un examen significativo de hoy y mañana y no sólo como un mero llamado a los fieles, entonces "la raza" debe referirse al México de 1969 y no únicamente al de 1519. El problema estriba, más que en el descubrimiento de raíces históricas y el resurgimiento de identidades ocultas, en el imperativo de mantener nexos con mexicanos estudiosos que se planteen cuestiones básicas en torno a su propia sociedad, que se encuentra en proceso de cambio.

La experiencia de los italonorteamericanos y de los norteamericanos de origen irlandés aporta una analogía ilustrativa para estudiar la evolución de las relaciones entre los mexiconorteamericanos y México. En el siglo XIX, los inmigrantes a Estados Unidos procedentes de dichos países poco o nada lamentaron abandonarlos; después sólo llegaron a experimentar nostalgia retrospectiva. Para ellos, Italia o Irlanda querían decir miseria, pobreza e inanición. La pesadilla del nacionalismo irlandés e italiano se propagó a sus hijos perdidos en ultramar y en el transcurso de dos generaciones, en lugar de vergüenza y repulsión, llegaron a sentir un sensato orgullo e interés. Sin embargo, esta nueva evaluación no puede efectuarse hasta que se hayan resuelto los problemas básicos pendientes que separan a mexicanos y mexiconorteamericanos.

Una de las cuestiones más dañinas y que mayor división crean es la representada por los trabajadores migratorios. Se ha hecho evidente que, en tanto no se organicen los mexicanos poseedores de "tarjetas verdes", mismas que les dan derecho a residencia temporal, no se verá coronado por el éxito el enorme esfuerzo realizado por César Chávez. Aquí está uno de los últimos vestigios de la vergüenza que sienten los mexiconorteamericanos cuando contemplan a México. Los actos arbitrarios de dos grupos intocables de burócratas extranjeros determinan si un individuo es un ciudadano o un poseedor de "tarjeta verde"; un grupo lucha por excluir al otro, en un desesperado esfuerzo por mantener un nivel de vida mínimo. Los que portan la tarjeta verde no pueden organizarse si no lo permiten los sindicatos y organizaciones campesinas de México. Estas organizaciones se resisten a perder su influencia y sus beneficios y se ven amenazadas por el hecho de que los salarios que perciben los campesinos con "tarjeta verde" son, con todo, muy superio-

res a los ingresos de los trabajadores agrícolas organizados en el norte de México.

El problema es de corto plazo y urgente, pero no puede atacarse sólo con la cooperación o enemistad entre sindicatos nacionales rivales. Lo que se necesita es un enfoque que admita que el trabajo migratorio debiera ser una industria que tiende a desaparecer, pues implica una labor ardua, mal pagada, fatigante e inhumana. Lo que se requiere es un mecanismo binacional que canalice las ganancias de la automatización hacia el adiestramiento y el suministro de ocupación para la totalidad de los trabajadores migratorios. Esto podría significar, primero, la desaparición total en esta actividad de los mexiconorteamericanos y, posteriormente, la reducción gradual de los "tarjetas verdes" mediante la oferta de empleos sustitutivos.

Una cuestión más amplia que la de los braceros es la del futuro de las zonas fronterizas, que representan, quizá, el 10% de la población total de México y una proporción aún más alta de los mexiconorteamericanos. La industrialización de México ha sido financiada, en parte, por los dólares que los norteamericanos erogan en sus visitas a las ciudades fronterizas, y han contribuido también al financiamiento de la importación de bienes de capital. El propio éxito de la industrialización mexicana, que se basa en la sustitución de importaciones, constituye una amenaza para el *statu quo* en la frontera. Los industriales mexicanos están inconformes con las reglas de un libre comercio que pone a sus productos en situación desfavorable en lo que constituye el segundo mercado de consumidores en México, y el de más alto ingreso *per capita*. Un creciente número de mexicanos del interior del país aprovechan el área fronteriza para adquirir artículos estadounidenses de consumo en lugar de los productos similares, hechos en su país. El propio esfuerzo de México en pro del turismo depende de que se remplace progresivamente el turismo fronterizo por el turismo al interior de México. Es probable que el turista extranjero que permanece una semana en México gaste, en bienes y servicios de ese país, diez veces más de lo que eroga el que visita ocasionalmente, por un día, la frontera.

Pero, independientemente del turismo, los mexiconorteamericanos empiezan a percibir que su futuro está en función directa de lo que acontezca en la frontera. Esto representa la más seria amenaza para la evolución económica y social de los mexiconorteamericanos, a menos de que se adopten nuevas y audaces medidas. Tal peligro se origina en la presencia en la frontera de una creciente masa de trabajadores no calificados, que aceptan bajos salarios, y que pueden ser utilizados, tanto por norteamericanos como por mexicanos, como medio de obstaculizar el progreso de la comunidad de mexiconorteamericanos.

A partir de 1966 se inició un singular programa de desarrollo industrial en la zona fronteriza de México con Estados Unidos. Uno de los aspectos menos estudiados de este programa es el de la forma en que afecta a los mexiconorteamericanos. Este programa señala que las empresas norteamericanas que establezcan industrias a lo largo de la frontera pueden importar componentes y partes para, una vez ensamblados, reexportarlos a Estados Unidos, cubriendo únicamente la cuota arancelaria que corresponda al valor agregado por la operación de ensamble que tenga lugar en México.

En la práctica, este convenio permite que, por ejemplo, un fabricante de aparatos de televisión pueda establecer una planta subsidiaria en Mexicali, llevar a ella sin pago de impuestos, todas las partes componentes desde su planta principal de Tucson, pagar a sus trabajadores mexicanos alrededor de la tercera

parte del salario vigente en Estados Unidos, y reexportar su producto al mercado norteamericano. Este acuerdo ha sido defendido en México como un medio de lograr adiestramiento para su mano de obra, como estímulo a la exportación de manufacturas y como medio de proporcionar trabajo lícito y bien pagado, según las normas mexicanas. Desgraciadamente, la mayor parte de los trabajos para mano de obra no calificada o semicalificada se crean a expensas de los mexiconorteamericanos que viven al otro lado de la frontera. Este constituye otro ejemplo del conflicto real y potencial entre los mexiconorteamericanos y México, que puede traducirse en perjuicio para todas las partes interesadas.

Ya la AFL-CIO, a iniciativa de la comunidad mexiconorteamericana, ha intentado detener o reducir el desplazamiento de fábricas hacia el otro lado de la frontera, con el objeto de proteger los empleos en EUA. Sin embargo, el precio en términos humanos que la comunidad mexiconorteamericana paga a causa del tráfico de enervantes a través de la frontera, debería bastar por sí mismo para convencer a los mexiconorteamericanos conscientes de que la industrialización de la frontera es un objetivo deseable y urgente.

El problema de las áreas fronterizas es comparable al de los trabajadores migratorios. Los mexiconorteamericanos deben insistir en que la apertura de oportunidades de trabajo en las áreas fronterizas se realice únicamente cuando la inversión se haga en trabajos que exijan mano de obra más calificada y se creen empleos para los mexiconorteamericanos desplazados. Este problema reclama ser atendido al más alto nivel político, nivel al que los mexiconorteamericanos defienden sus puntos de vista, tanto en Washington como en la ciudad de México.

Lo que está en juego es el reconocimiento del derecho de la comunidad mexiconorteamericana a tener voz activa en el futuro de la frontera. Los contactos entre autoridades mexicanas y norteamericanas para tratar los problemas de la salinidad, el control de narcóticos, y otros, debieran estar influidas por las opiniones de los mexiconorteamericanos; es necesario que los mexiconorteamericanos ocupen posiciones de vanguardia en el desarrollo de ideas creadoras para el futuro de ambos lados de la frontera. Esto quizá originaría recelo de las autoridades de ambos países, que no parecen dispuestos a dar voz a la iniciativa local.

Si se articulan las posiciones sobre problemas concretos, como los braceros, las plantas fronterizas y el control de narcóticos, entonces se podría afirmar que los mexiconorteamericanos se lanzan tras un objetivo real en conexión con "la raza"; esto los obligará a comprender los cambios que se operan en México y a realizar coaliciones con las fuerzas políticas mexicanas. Asimismo, les dará la oportunidad de reflejar su presencia e identidad con el pueblo mexicano, en tanto que, paralelamente, se ayuda a modificar la imagen que los mexicanos tienen de los mexiconorteamericanos.

Ello podría propiciar el intercambio académico y cultural en distintos niveles, para efectuar un diálogo constante; sería importante —en este contexto— que los libros mencionados al principio de esta nota fuesen traducidos y circulasen ampliamente en México; el diálogo implicaría la realización de varias confrontaciones para examinar los problemas sin poses artificiales; empero, sólo así sería posible atacar las cuestiones en sus justos términos. El producto final sería la sustitución de la vergüenza y el alejamiento por un sano respeto e interés recíproco, que se cimienten sobre el entendimiento inteligente de las diferencias y las semejanzas.